

UTOPIA Y SUJETO EN UNA ECONOMÍA ALTERNATIVA

*Wim Dierckxsens**

Introducción

La política económica del neoliberalismo es fundamentalista y tiende a negar la vida en todas sus dimensiones. El fundamentalismo neoliberal sostiene que el mercado es infalible, así como el fundamentalismo religioso partía de lo infalible de la Biblia. El fundamentalismo neoliberal conduce a la exclusión metódica de “otras” naciones, culturas y religiones. Las políticas neoliberales del “Grupo de los Siete” (G7) a través del Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial y la Organización Mundial de Comercio (OMC) han condenado, en forma metódica y sistemática, a la muerte lenta, por hambre, a miles de personas en las naciones periféricas con “otras” culturas y religiones. Tales políticas de estrangulación metódica de pueblos enteros, pueden considerarse como genocidio silencioso y constituyen un crimen contra la humanidad. Conforme la política del reparto del mercado mundial de la nación hegemónica adquiere una expresión cada vez más militar, considerando “nuestra” nación, cultura, raza o religión en contra de “otra” nación cultura, raza o religión, el genocidio silencioso se transforma en terrorismo de Estado.

Los líderes de movimientos políticos comprometidos con la vida en todo sentido deben partir de la religión como fuerza para resolver los conflictos y no para crearlos. Como líderes políticos comprometidos con “otro mundo posible”, el ecumenismo permite luchar por un mundo donde quepan muchos mundos y en contra del uso de la religión para salvar “nuestra” cultura o religión a costa

de las “otras”. El liderazgo comprometido con “otro mundo” más justo combatirá toda argumentación ideológica que sostiene que “nuestra” civilización, religión, cultura, nación o género es considerada superior a “otras” y que de ello se derivarían derechos exclusivos para estar en este mundo a costa de “otros”.

Con la crisis del mito del progreso como crecimiento infinito, el capitalismo contemporáneo abandona esta utopía y comienza la batalla por el reparto del mundo apoyado por la teología de la prosperidad. La misma legitima la concentración del ingreso en manos de los “justos” a costa de los “injustos” (Hinkelammert, charla en reunión de investigadores, julio de 2005). Este fundamentalismo occidental tiende a legitimar la exclusión, el genocidio silencioso y, por ende, la eliminación metódica de “otras” culturas, religiones o naciones inferiores. El fundamentalismo occidental tiende a desembocar así en un terrorismo oficial que a su vez se torna suicida para el propio sistema. Esta tendencia fomenta otra respuesta fundamentalista, la cual tiende a desembocar en terrorismo. La acción terrorista en Nueva York el 11 de septiembre de 2001, parece una respuesta ante la exclusión y el menosprecio: Si no hay lugar en este mundo para “nuestra” cultura o religión, no habrá para la “otra” supuestamente superior, ni para los más intocables. Es una respuesta terrorista frente al terrorismo oficial. Ambas tendencias terroristas reafirman la exclusión y no la superan. El terrorismo oficial favorece el terrorismo de los excluidos y así surge una espiral de terrorismo. Tal espiral siembra cada vez más terror y muerte, incluso en los propios centros de poder del mundo como se demostró en Madrid y Londres. La espiral de terrorismo impulsa la eliminación sistemática de la diferencia en la humanidad.

* Wim Dierckxsens es investigador del DEI y miembro del Foro Mundial de Alternativas.

La supuesta amenaza creciente a la cultura, religión o nación “elegida”, legítima eliminar a cada vez más enemigos. Al avanzar en esta llamada “cruzada”, sin embargo, la cultura dominante se aísla cada vez más. Ante la amenaza de su propio hundimiento predica que “el mundo entero se hunde” y sus manifestaciones actuales las encuentra en los huracanes, terremotos, tsunamis. Los profetas fundamentalistas anuncian con ello el fin del mundo. La lectura del fundamentalismo occidental es que Cristo vendrá para salvar a las “culturas elegidas”. En respuesta a ello, los líderes políticos comprometidos con los excluidos predicán que los desastres se deben a las grandes contradicciones del capitalismo y que este sistema mismo está llegando a su fin, gritando y reivindicando que otro mundo es posible.

A partir de la espiral de terrorismo, el sálvese quien pueda del neoliberalismo no salvará a nadie. Esta conciencia crecerá conforme la crisis amenace a cada vez más sectores de la población mundial. En medio de esta crisis ascendente se abre la perspectiva de que otro mundo solamente es posible a partir de una ética solidaria. Esta ética es condición necesaria para lograr la ética del Bien Común. Esta ética aparece como una relación de conflicto con el sistema, donde se rechaza el postulado neoliberal de que el fin último es la acumulación de dinero. La ética solidaria se centra más bien en la necesidad de que existan fines diversos, enfocados desde la propia vida humana. El Bien Común es este proceso en el cual se introducen valores que se enfrentan al sistema para interpellarlo, transformarlo e intervenirlo, para poner como utopía la economía en función de la vida y no sacrificarla en beneficio único del capital. He aquí el eje central de este aporte.

1. La ética del Bien Común

Hablar de la utopía no es soñar, sino anticipar cómo alcanzar una sociedad de seres humanos libres e iguales que como sujeto construyen su futuro. No se trata de una mera ilusión, sino de un proyecto movilizador. Es imaginar y luchar por una sociedad donde el ser humano ya no está dominado, explotado ni rebajado a ser un simple recurso o medio en función de la acumulación, afirma Houtart ¹. Es poner la economía en función de la vida misma, no sacrificar la vida en función de la economía de mercado. Desde el punto de vista del mercado, como sistema totalizador, las exigencias de la vida humana son percibidas como distorsiones. La propia economía de mercado y su funcionamiento como

sistema constituyen la finalidad, y la vida humana y natural apenas un recurso para este sistema.

Desde la perspectiva de los seres humanos afectados, en cambio, la totalización de la economía de mercado aparece como distorsión de la vida humana y natural que experimentamos como vulnerabilidad ascendente. La ética del bien común se deriva del sufrimiento que experimentamos por esas distorsiones crecientes. La ética del Bien Común emerge como consecuencia de la experiencia de sufrimiento por los afectados, debido a las distorsiones cada vez más grandes que el mercado totalizado produce en la vida humana y natural. Si la economía de mercado no produjera tales distorsiones, no nos sentiríamos cada vez más vulnerables y no surgiría la ética del Bien Común. Bastaría simplemente la ética de mercado ².

La vida experimentada hoy en día por las grandes mayorías es cada vez más vulnerable, es decir, experimentan pobreza en su vida. Esta sensación de vulnerabilidad creciente es un indicador de pérdida de bienestar que se experimenta como pobreza. Una vulnerabilidad insoportable es indicador de indigencia, que no se deja medir exclusivamente a partir de un nivel determinado de ingreso. Las grandes mayorías experimentan hoy una creciente vulnerabilidad, un sufrimiento no limitado nada más a aquellos que se encuentran por debajo de la llamada línea de pobreza. Esto se debe al hecho de que las relaciones mercantiles totalizadas distorsionan cada vez con más amplitud la vida humana y natural, y generan así una vulnerabilidad que alcanza capas siempre más amplias de la población. Este sufrimiento y esta vulnerabilidad cada vez más generalizada experimentados por las mayorías, indican que sistema del mercado va en contra del Bien Común. Tal distorsión de la vida humana y natural, resulta de la generalización del cálculo de utilidad a partir de la iniciativa privada en la economía de mercado.

En la medida en que el resultado de este cálculo de utilidad en el mercado origina una vulnerabilidad siempre más grande y generalizada, nace y se desarrolla la resistencia. La experiencia de esta distorsión hace aparecer el concepto del Bien Común. Este se presenta, entonces, primero como negación, como resistencia antes de plantear alternativas. La ética del Bien Común surge hoy en una relación de conflicto con el sistema de mercado totalizado, basado en el cálculo de utilidad a ultranza. La ética del Bien Común opera, por tanto, desde el interior de la realidad. No se trata de una ética exterior derivada de alguna esencia humana. El Bien Común es este proceso en el cual se introducen valores que son

¹ Houtart 2002: 26.

² Hinkelammert 2002: 97s.

enfrentados al sistema para interpelarlo, intervenirlo y transformarlo. En esencia es una ética de la resistencia, de la interpelación y la intervención³.

2. La ética solidaria

La ética del Bien Común supone valores a los cuales tiene que ser sometido cualquier cálculo de utilidad o de interés propio. Hay valores del Bien Común cuya validez se constituye con anterioridad a cualquier cálculo y que desembocan en un conflicto con el cálculo de utilidad y sus resultados. El supuesto para que opere de manera efectiva el principio del Bien Común es el reconocimiento de que nadie puede vivir, si el "otro" no puede vivir⁴. La relación mercantil, al totalizarse, produce distorsiones graves en la vida humana y en la naturaleza. Con el proceso de globalización se considera dogmáticamente que el mercado es infalible. En esencia es una ética que afirma la sobrevivencia de los más fuertes. Esta ética representa una amenaza para la humanidad. Solo una crisis que amenace aun a los más fuertes despertará la conciencia de que nadie puede vivir, si el "otro" no puede vivir. Se trata de la otra persona, la otra raza, el otro sexo, la otra nación, la otra cultura o, de la naturaleza fuera de mí. La ética solidaria se produce al interior de la realidad en medio de mucho dolor. No se trata de una ética exterior derivada de alguna esencia humana.

La ética del "sálvese quien pueda" se desarrolla a partir de la acumulación de capital fundada en el reparto del mercado a nivel mundial, no a partir del crecimiento sostenido. Este reparto es un proceso excluyente y a largo plazo; cuando el mercado mundial se encuentre repartido, la acumulación se tornará insostenible sin un re-reparto. La guerra tiende a ser la última opción para lograr ese re-reparto del mercado mundial. Al invertir en acaparar mercados ya existentes (adquisiciones, privatizaciones, fusiones, etc.), se descuida aquella inversión que apunta a ampliar la economía de mercado. El resultado final es que el crecimiento pierde ritmo. Con ello el reparto del mundo se hace aún más necesario, y adquiere un carácter más belicoso.

Después de la Segunda Guerra, tuvimos en el "mundo libre" un período de varias décadas de acumulación de capital basada en un crecimiento económico sostenido en cada nación capitalista avanzada. El keynesianismo fomentaba la demanda efectiva al acortar sin cesar la vida media de los

productos. De esta forma se acortaba el período medio para realizar la ganancia y, con ello, aumentaba la tasa de ganancia. El incremento en la velocidad de la rotación del capital significaba, sin embargo, una aceleración en la explotación de los recursos naturales. El ritmo de reproducción del capital superaba cada vez más el ritmo de reproducción en la naturaleza. Esta tendencia era a costa de la naturaleza y en detrimento del medio ambiente. La crisis ecológica se manifiesta ya desde los años setenta.

A partir de esos años, la tasa de ganancia descende en los países centrales. Como consecuencia, la inversión tiende a abandonar el ámbito productivo para refugiarse en el re-distributivo. El neoliberalismo introduce un nuevo período de acumulación de capital cimentada en el reparto del mercado existente y a escala global. De ahí el nombre de globalización. Hasta fines de la década de los noventa, el reparto del mercado mundial acontece en favor de las transnacionales (y el capital financiero vinculado con ellas) de las principales potencias y a costa del resto del mundo. Por entonces, las ventas de esas transnacionales representaban el 50% del Producto Mundial Bruto (incluso el 80% del producto industrial) contra un 25% dos décadas antes. La acumulación de capital basada en el reparto neoliberal del mundo se agotó en dos décadas. La era neoliberal brinda cada vez menos beneficios. Con ello se agota el espacio para el reparto del mundo a partir de acuerdos. Desde fines del decenio de los noventa deja de haber consenso en los principales foros de negociación como la OMC.

Durante los años noventa, además, todas las transnacionales se mostraron victoriosas en la conquista del mercado mundial. El resultado fue una marcada alza de la cotización de sus acciones en la bolsa de valores. Pero a principios de este milenio se estanca el avance en el reparto del mundo y el crecimiento económico a la vez tiende a cero. Las ganancias transnacionales tienden por tanto a la baja. El resultado es la crisis bursátil entre 2000 y 2001. Desde entonces, el re-reparto del mundo adquiere un carácter más bélico. Este nuevo episodio se anuncia con los sucesos del 11 de setiembre de 2001, los cuales tenían que justificar la lucha contra el terrorismo en el mundo entero. Con este pretexto, los EE. UU. invaden sucesivamente a Afganistán e Irak. El segundo período de la administración Bush Jr. parece orientarse a proseguir la batalla por el mercado a favor de una sola nación "elegida". El reparto del mundo, con una ampliación de la guerra en Irán y el eventual uso de armas atómicas, acrecentará el horror de la guerra. En cada vez más partes del mundo sentiremos la amenaza. Nadie se siente seguro en este mundo. La mayor potencia mundial alimenta la sensación de inseguridad.

³ *Ibid.*: 99.

⁴ *Ibid.*: 97-99.

La creciente vulnerabilidad sentida por las inmensas mayorías de la ciudadanía mundial, y aun por los ciudadanos del Primer Mundo, conlleva un cuestionamiento cada vez mayor. En medio del mucho dolor experimentado y cada vez más generalizado, aumenta la sensación de vulnerabilidad a niveles insoportables. A partir de este grito de dolor generalizado nace la conciencia de que nadie se siente a salvo en este mundo neoliberal. La ética neoliberal de "sálvese quien pueda", muestra cada vez más claramente no poder salvar a nadie. Por eso, se vislumbra que la ética solidaria es la respuesta única posible. En medio del dolor emergen la posibilidad y necesidad de construir una sociedad alternativa en la que el ser humano coexista y viva como sujeto solidario. Surge la conciencia acerca de la posibilidad y necesidad de construir como sujeto solidario, un futuro común y en armonía con la naturaleza.

3. La emancipación humana en busca del Bien Común

Desde la ética solidaria aparece la conciencia de que el ser humano no es primero un individuo que a partir de sus relaciones mercantiles llega a ser un ser social. En medio de la crisis, sin el "otro" no soy yo. Ante grandes penurias y en un entorno de mucha vulnerabilidad, el ser humano se revela como un ser corpóreo concreto y necesitado que requiere vivir como ser solidario en sociedad. Sin esos lazos no le es posible realizarse como persona. Esto es la verdadera emancipación posmoderna. El término "emancipación" refiere a la superación de un tipo de discriminación que quedó de manifiesto dentro de la igualdad contractual. Es la emancipación como liberación frente a la igualdad contractual que explota y excluye. La utopía no denota una igualdad abstracta de individuos ante la ley, el dinero o el Estado. La utopía es más bien la emancipación o superación del ser humano como individuo respecto de la igualdad abstracta. Es una emancipación que declara que el ser humano es un ser gregario que vive en sociedad como un ser corpóreo concreto ⁵.

Las luchas de emancipación durante el capitalismo hasta la fecha, incluyendo la llamada emancipación femenina, han sido luchas por la igualdad contractual y de oportunidades iguales para ser contratados. En la medida que las relaciones asalariadas se generalizan, las relaciones contractuales abarcan

cada vez más el espacio público. Surgen derechos económicos y sociales en torno a la estabilidad laboral, regulación de jornadas y salarios, educación, salud, pensiones, etc. Tales derechos se derivan, en otras palabras, de las relaciones contractuales en el mercado de trabajo. Luego, toda exclusión de las relaciones de dicho mercado implica supresión del derecho a esos beneficios económicos y sociales. Por eso, la emancipación (como la femenina o la racial) se manifiesta como lucha por la igualdad de oportunidades de trabajo y por iguales derechos económicos y sociales a partir de los contratos de trabajo. Otro paso en el proceso de emancipación, sin embargo, es descubrir que en el interior de la igualdad contractual lograda reaparece la dominación. Esta dominación no queda abolida con la emancipación contractual.

Se revela entonces una dominación que brota desde adentro de la igualdad contractual y no de la naturaleza masculina, femenina o racial. Esta revelación es más clara cuando la política neoliberal excluye a grandes mayorías de todo tipo de contrato. Los excluidos pierden derechos económicos y sociales. Aún más, con la exclusión progresiva, hasta los incluidos pierden derechos económicos y sociales. Al ser más reemplazables en su puesto de trabajo, la contratación de la fuerza laboral no demanda el mismo grado de conservación para el capital. Es más barato el reemplazo que la conservación de la fuerza de trabajo. Para el capital no tiene sentido formar ni conservar aquella fuerza de trabajo que con mucha probabilidad no volverá a relacionarse con el mercado. De este modo, la exclusión progresiva incrementa los niveles de vulnerabilidad tanto de los excluidos como de los incluidos.

Desde la óptica del capitalismo neoliberal, los excluidos sin perspectiva alguna de ser incorporados, son población sobrante. Esta población no solo se ve privada de los derechos económicos y sociales, sino que, en el extremo, pierde incluso el derecho a la vida. O sea, en el mercado totalizado, la exclusión progresiva conduce como tendencia a la eliminación sistémica de la población sobrante. Ante esta amenaza emerge la voz de la resistencia y aparece un sujeto que grita. Es un grito por el grave alejamiento del Bien Común. Como sujeto excluido no logro socializarme a través del mercado, y por eso brota un grito por otro mundo posible sin exclusión. A partir de la creciente amenaza de exclusión, surge un sujeto solidario que tiende a organizarse para otro mundo posible.

⁵ Bonefeld 2003: 181s.

4. Emancipación, sujeto y ciudadanía

La emancipación humana como utopía no puede ser impuesta ⁶. La utopía significa alcanzar la subjetivización mediante la autorrealización de las mayorías. Ello implica, por un lado, que el ser humano concreto recibe, en principio, de acuerdo con sus necesidades y que pueda autorrealizarse lo más plenamente posible. Por otro lado, se espera que cada ser humano como ente comunitario contribuya a la sociedad como un todo, de acuerdo con su capacidad adquirida en sociedad. Es obvio que este resultado no se da a priori; supone la mediación e interpelación permanente entre el interés particular y el interés general para todos. Punto de partida es la autorrealización, es decir, llegar a ser sujeto pleno. La autorrealización solo es posible en el "otro" y junto a él. El punto de partida de la autorrealización no deja de ser egocéntrico. No puede partir de la totalidad, aunque tiene que llegar a ella. Por tanto, una economía alternativa en función de la vida tiene como punto de partida la particularidad y la localidad, no la totalidad como hace la planificación central. Al chocar el interés particular o local con los intereses a un nivel más general, hay una contradicción. Estas contradicciones entre intereses particulares y los intereses del Bien Común son inevitables, y tienen que ser resueltas constantemente ⁷.

Para que las mayorías puedan autorrealizarse como persona, se requiere una separación entre el contrato de trabajo y el ingreso. Los contratos de trabajo están orientados a remunerar exclusivamente a aquellas personas vinculadas con el mercado. Cuanto mejor vínculo tengo con el mercado, más derechos económicos y sociales obtengo; esto es, más ciudadanía tengo. Cuanto más alejado me encuentro del mercado, menos derechos adquiero y más frágil resulta mi ciudadanía. Las líneas de exclusión en los contratos de trabajo son múltiples, pues las oportunidades de trabajo son diferenciales por género, generación, origen étnico o geográfico, según la calificación recibida, etc.

Los jóvenes, por ejemplo, no tienen, por sí mismos, derechos económicos y sociales; vale decir, por sí solos, carecen de ciudadanía. Ante el mercado son apenas ciudadanos potenciales, ya que su relación contractual con ese mercado es potencial. Adquieren derechos económicos y sociales a través de terceros, en tanto y en la medida que estos sí se vinculen contractualmente con ese mercado. A partir de ello se desarrolla y reproduce el carácter adultocéntrico

de nuestras sociedades fundadas en la economía de mercado. En una economía de mercado totalizado la exclusión es progresiva, y muchos jóvenes no solo no tienen perspectiva de trabajo hoy, sino tampoco cuando sean adultos.

Dentro de la óptica del mercado, las mujeres que trabajan en oficios domésticos no tienen vínculo contractual directo con el mercado y por eso, a partir de esta actividad, también carecen de derechos económicos y sociales. Sus derechos económicos y sociales dependen de su eventual relación contractual o la de terceras personas con ese mercado. Las amas de casa no tienen ciudadanía por su inserción en la sociedad. Se las conoce como "fulana de tal", expresión que reafirma la relación patriarcal. La lucha actual por la igualdad de oportunidades de trabajo de las mujeres es, por ende, una lucha por los mismos derechos económicos y sociales. Es, en otras palabras, una lucha por la igualdad ante las posibilidades en el mercado de trabajo. Esta lucha no necesariamente cuestiona la explotación que implica una eventual igualdad en las oportunidades y condiciones de trabajo, o sea, no necesariamente reivindica la emancipación humana.

Mientras más difícil sea el acceso al mercado (por ser jóvenes, mujeres, ancianos, personas no calificadas, indígenas, etc.), menos derechos económicos y sociales se obtienen y menos ciudadanía se adquiere. Y cuanto más líneas de exclusión se juntan en una sola persona (mujer, indígena, del campo, sin educación formal, algo mayor), más difícil su vínculo con el mercado y más frágil su ciudadanía. La mayor ciudadanía únicamente se obtiene con base en una mejor inserción en la economía de mercado, es decir, a partir de mejores contratos de trabajo. Si las oportunidades de trabajo mejoran, habrá mayores oportunidades de inclusión. La expansión de la relación salarial, además de generar más empleo, implica asimismo que los empleos sean más estables, mejor remunerados, con mayor seguridad social, etc. Esto es, la inclusión produce ciudadanía. Sin embargo, si disminuyen las oportunidades de trabajo, como ocurre con el neoliberalismo, hay cada vez más exclusión, menos estabilidad laboral y se da una pérdida de derechos económicos y sociales. Esta pérdida de ciudadanía, en su caso extremo, puede implicar incluso la pérdida al derecho de la vida misma. Es la ética de la muerte que alimenta al capital.

5. Emancipación e ingreso ciudadano

Para una economía de mercado totalizado, aquel trabajo que esté en función de la vida misma

⁶ *Ibid.*: 195.

⁷ Hinkelammert 2002: 365.368.

pero sin contrato ni remuneración, aparece como un trabajo improductivo. En una economía de mercado, todo trabajo que sea en función de la vida pero no en función del mercado, no origina derechos económicos y sociales. En una economía de mercado totalizado, toda la gente sin relación con el mercado que ocupa tierras para trabajar en función de su vida, es gente no solo excluida, sino que además estorba al capital. Es gente no solo desechable sino, llevándolo a un extremo, gente eliminable para el bien de la economía de mercado. La economía de mercado totalizado en vez de orientarse en función de la vida, la sacrifica metódicamente en beneficio de la acumulación perpetua de dinero. En una economía alternativa es necesario romper el vínculo entre un ingreso y la relación de la persona con el mercado. Borrar la diferencia actual entre el trabajo pagado y el no pagado. Solo borrando tal diferencia es posible definir las prioridades en función de la vida misma, y ya no exclusivamente por dinero. Desaparece la actual discriminación entre el trabajo pagado y el no pagado; entre el trabajo en el hogar o para la comunidad, por un lado (a menudo femenino) y el trabajo para una empresa privada (a menudo masculino), por el otro. Con la introducción de un ingreso ciudadano, la noción del pleno empleo pierde su significado pues deja de ser el garante de vida. Los derechos y deberes de los ciudadanos ya no se derivan de contratos privados en el mercado. Los derechos económicos y sociales ya no se derivan de contratos de trabajo con una empresa, porque están en función de nuestras obligaciones con la comunidad. Mis derechos económicos y sociales como ciudadano no dependen ya de mi vinculación con el mercado, sino de mi vínculo con la comunidad. La definición del Bien Común no puede pasar por alto la interpelación estructural de la ciudadanía. La dinámica de dicha interpelación, en principio, parte de los intereses particulares y locales. Es el nivel básico de arranque para toda interpelación. Los intereses comunes de una comunidad, sin embargo, son intereses particulares en un contexto más amplio. Pasar por el segundo y sucesivo nivel de interpelación implica llegar, a través de un radical proceso democrático participativo, a resolver los conflictos de intereses permanentes entre lo particular de una comunidad y el interés a un nivel más general. Desde esta interpelación es posible llegar a una planificación más centralizada para velar por el interés general, así como a realizar contratos para proyectos colectivos en beneficio de todos. Las prioridades de la planificación son definidas a partir de los intereses particulares y locales. Esta planificación parte de lo particular, y para que atienda lo particular adecuadamente, demanda auditoría permanente desde lo particular. El Bien Común

se define entonces a partir de una interpelación permanente y con democracia participativa. Solo sobre esta base es posible construir un sujeto pleno con ciudadanía plena.

La discusión de fondo del ingreso ciudadano no es su factibilidad, sino el cambio de racionalidad económica que supone y, en este sentido, es una utopía posible. Lo anterior no elimina la discusión en torno a la factibilidad financiera del ingreso ciudadano. Esta depende, evidentemente, de lo que se entiende por ingreso suficiente para adquirir los productos y servicios necesarios. Este tema está muy vinculado a la redistribución radical del ingreso a nivel nacional y mundial que desarrollaremos a continuación.

6. Hacia una economía solidaria y de cuidado

La riqueza social, a partir de las relaciones monetarias, se limita a una única dimensión: la riqueza contable producida año tras año. Todo lo que no es cuantificable en dinero no cuenta. Todo lo que es riqueza ya existente deja de ser relevante. Lo relevante es crear riqueza nueva en forma de dinero de manera perpetua. De este modo, la riqueza presente ha de desaparecer a velocidad creciente para poder crear riqueza nueva, siempre y cuando esta sea portadora de valor y plusvalía. Solamente acortando la vida de todo lo que nos rodea es posible aumentar la riqueza bajo forma monetaria. El contenido se subordina así a la forma. La destrucción de riqueza por su contenido permite generar riqueza bajo la forma del dinero. Es una destrucción creativa perpetua y cada vez más acelerada. El supuesto ridículo es que la destrucción perpetua y cada vez más acelerada origine crecimiento en términos monetarios y por ello bienestar.

La economía alternativa funciona con otros lentes. Ella parte del contenido del proceso de reproducción. Desde la óptica del contenido, la naturaleza es riqueza y fuente de toda vida. En función de la vida, los seres humanos realizan trabajo (el doméstico, el voluntario, el pastoral, etc.) que engendra riqueza. Aunque esta riqueza no adquiere expresión monetaria, se trata de riqueza vista por su contenido. La conservación de la riqueza existente consiste en aumentar el *stock* presente de riqueza visto por el contenido. La riqueza mejor conservada permite que los valores de uso preservados nos acompañen durante más tiempo. Con ello crece el *stock* de riqueza presente. La mejor conservación o cuidado de las cosas que nos rodean no produce riqueza nueva, pero permite que la riqueza presente permanezca.

Para una economía de mercado totalizado, cuidar nuestro medio y todo lo que nos rodea no genera dinero. O sea, para tal economía, la preservación de la riqueza natural o producida implica una pérdida de oportunidad de hacer más dinero. La economía del cuidado, en cambio, enfoca el incremento de la riqueza en términos de valores de uso, no en términos de dinero. En una economía de mercado, el despilfarro de riqueza natural y producida permite volver a ganar dinero más rápidamente. Sacrificar la vida misma de la naturaleza y de todo lo que nos rodea, se transforma más bien en fuente de beneficio. Destruir y volver a destruir riqueza natural y producida, implica crear más riqueza bajo la forma de dinero.

Conforme el dinero como capital se reproduce más rápidamente de lo que pueda reproducirse la vida natural, el colapso en la reproducción natural es cuestión de tiempo. Y con el colapso de la propia naturaleza, la misma vida humana está en juego. Desde ahí se desarrolla el grito del sujeto, es decir, la resistencia que reivindica la conservación de la naturaleza. La naturaleza amenazada tiende a declararse patrimonio común de la humanidad. La acumulación del capital se torna incompatible con una economía sostenible. El carácter sostenible de la acumulación de capital depende más bien del sacrificio perpetuo de la vida natural y humana.

La economía alternativa sostenible supone y requiere una economía solidaria, vale decir, solidaria tanto con la naturaleza como con las generaciones futuras. Una economía solidaria no toma una hipoteca sobre futuro de la vida natural y humana con la única finalidad de acumular más dinero, en el corto plazo, a costa de la vida de las generaciones presentes y futuras. En una economía alternativa no se extraen de la naturaleza más recursos de los que ella es capaz de reponer a largo plazo. En una economía alternativa, la velocidad de la reproducción material de la economía tiene que disminuir básicamente en el Norte para ajustarse a la velocidad de la reproducción de la propia naturaleza. En otras palabras, el consumo de los recursos naturales renovables no puede ir más de prisa de lo que la naturaleza es capaz de reponerlos. Y el consumo de recursos no renovables muestra un límite aún mucho más dramático. La pérdida de vida natural es pérdida de riqueza para las generaciones actuales, y también para las próximas, y constituye, por lo tanto, una economía no solidaria. Esta pérdida de naturaleza no se contabiliza en una economía de mercado. Es más, tales pérdidas no pueden ser contabilizadas en términos de dinero. Si tuviéramos que asignar un valor a los recursos no renovables, su exterminio implicaría un costo infinito.

Lo anterior implica que en una economía sustentable, la economía contable ha de subordinarse

a criterios no contables propios de la vida. Los recursos naturales han de ser patrimonio común de los pueblos y, a menudo, incluso patrimonio común de toda la humanidad. Para lograr una economía sustentable, es preciso orientar la regulación económica hacia un equilibrio entre la velocidad de la reproducción material de la economía y la reproducción de la naturaleza. La generación de riqueza por su forma a costa del contenido, esto es, la acumulación sostenida de capital, provoca desequilibrios naturales cada vez mayores. Para una economía alternativa y sostenible, el punto de partida es el cuidado de la vida humana y natural y de todo lo que nos rodea a través del tiempo. Este enfoque es incompatible con la lógica del capital.

Una posición antropocéntrica demanda conectar los ciclos de vida de la naturaleza en general con los de la vida de la especie humana a través del tiempo. El costo de la contaminación del agua y del aire a través de los años adquiere un carácter irreparable. Este daño contempla, además de los efectos para las generaciones futuras de la especie humana, aquellos causados a la propia naturaleza, y así otra vez a la especie humana. El consumo de energía no renovable y el deterioro de la capa de ozono, a largo plazo, causan daños irreparables al medio ambiente. Son una amenaza para la vida en general. Este costo, al cuantificarlo dentro del cálculo de la utilidad, sería incalculable ya que tiende al infinito. Un costo incalculable trasciende el ámbito cuantitativo y necesita subordinar la forma al contenido.

7. El carácter inevitable en el cambio de la racionalidad económica

La acumulación de capital ha implicado que tanto la vida media de los medios de consumo duradero como la de la tecnología empleada en las propias empresas, se ha acortado sin cesar. Aquí se encuentra el eslabón débil de la propia racionalidad capitalista. La permanente lucha por la competencia implica poder disponer de la tecnología más avanzada. Cuanto más rápidamente se deprecia la tecnología empleada, más rápidamente la empresa tendrá acceso a la nueva tecnología de punta. Ahora bien, al acortarse la vida media de la tecnología, aumenta el costo de innovación tecnológica. Con la nueva tecnología introducida baja el costo de la mano de obra, o sea, sube la productividad del trabajo. Mientras el aumento del costo de la innovación tecnológica sea inferior a la baja en el costo de los salarios que con la nueva tecnología se logra efectuar,

crece la tasa de ganancia. Al acortarse la vida media de la tecnología a límites bordeando con cero (el caso del *software* por ejemplo), el aumento del costo de innovación tiende al infinito. La reducción en el costo de los salarios no tiene la misma elasticidad.

De esta forma llegamos a que la propia innovación tecnológica alcanza sus límites en la racionalidad capitalista. Las fuerzas productivas no pueden desarrollarse más bajo la racionalidad económica existente. El resultado es una baja estructural en la tasa de beneficio. Una alternativa en función de la vida sería incrementar la vida media de la tecnología. Con ello, sin embargo, disminuiría el volumen de ventas en el sector de medios de producción. Con esta baja se reduce la masa de ganancia y con ello la tasa de ganancia. El capital, en tal caso, abandona este sector productivo. La sociedad capitalista ha llegado al momento histórico en que es imposible volver a vincular la inversión con la producción de manera rentable. En otras palabras, bajo la racionalidad económica y dentro de las relaciones sociales de producción existentes, ya no es posible un mayor desarrollo de las fuerzas productivas.

El frustrado proceso de solucionarla, tornará realmente visible esta contradicción. El reparto del mercado mundial existente es una forma temporal de volver a elevar la tasa de ganancia de las empresas transnacionales y del capital financiero vinculado con ellas. Con todo, tarde o temprano el mercado mundial se encontrará repartido y la contradicción se hará todavía más patente. La fuga del gran capital hacia las patentes en particular y los derechos de propiedad intelectual en general, refleja la necesidad de prolongar la vida media de la tecnología. El capital tiende a retirarse del ámbito productivo para vivir de la renta. No se trata de un monopolio sobre la tierra como en tiempos de los señores feudales, sino sobre el conocimiento. Esta nueva clase de rentistas, que hoy ya se vislumbra, tiende a desvincularse de modo paulatino del ámbito productivo. A partir de entonces vivirá cada vez más de la renta y a expensas de la producción. Esta tiende más bien a trasladarse hacia la periferia, donde los ingresos suelen ser más bajos. A la larga, no quedará otra salida que acrecentar la vida media de los productos en general y de la tecnología en particular. Si la vida media de los productos se duplicara, por ejemplo, la demanda efectiva de los productos industriales bajaría a la mitad, y también bajaría el ingreso nacional y el empleo. Estamos ante un proceso de des-acumulación que tarde o temprano dejará a esta clase rentista fuera de la nueva racionalidad económica ⁸.

⁸ Sobre este proceso de transición, refiero a mis trabajos Dierckx-sens 2000; 2003 y 2004.

8. La economía de lo suficiente y la economía de lo necesario

Duplicar la vida media de los productos industriales en el Norte, no implica que disminuya el bienestar genuino. Significaría, más bien, que con la mitad del ingreso y la mitad de trabajo se tendrían los mismos productos pero más duraderos. De esta manera habrá más tiempo libre para realizarse como persona. Esta tendencia se acentuará aún más si se deja de consumir lo superfluo y se definen las necesidades desde la propia población en función de la vida misma. En cualquier nación del Norte, entonces, habrá una masa de dinero que no guardará proporción con el producto anualmente generado. Ante una disminución a la mitad del producto nacional expresado en dinero, cualquiera de esas naciones puede prescindir de la mitad del dinero.

Para que el dinero sobrante en el Norte no pierda su capacidad adquisitiva futura, ese dinero debe afluir hacia el Sur, donde existe la única oportunidad de valorarse al poder relacionarse todavía con el ámbito productivo. Al producirse más riqueza real en el Sur, el dinero que se transfiere de Norte a Sur mantendrá su valor. Si el crecimiento económico negativo en dinero en el Norte se ve compensado con un crecimiento económico positivo y proporcional en el Sur, el dinero del Norte transferido al Sur no perderá valor. Habrá, en otras palabras, crecimiento cero a nivel mundial. Si, en cambio, el crecimiento económico negativo en el Norte va más de prisa que el crecimiento económico positivo en el Sur, habrá, en términos de dinero, crecimiento negativo a nivel mundial.

El crecimiento negativo a nivel mundial permite que el ritmo de reproducción material global pierda velocidad. Es decir, esta tendencia permite que la velocidad de reproducción material pierda dinámica y puede acercarse, de forma paulatina, a la velocidad de reproducción de la naturaleza. La transferencia de dinero del Norte hacia el Sur se torna interés propio del Norte, ya que evita su desvalorización. Mientras más velozmente se alargue la vida media de la riqueza en el Norte, será posible un desarrollo más veloz en el Sur y, además, un mejor equilibrio entre la vida humana y la vida natural.

Con una tasa de crecimiento cero a nivel mundial es posible concebir una tasa de interés cero, y con un crecimiento negativo de la economía en el Norte es posible que los intereses de Norte a Sur también se vuelvan negativos. ¡Te debo porque no te di lo suficiente! En tal caso, será imposible vivir de la renta y de la acumulación. Con un crecimiento global negativo, tanto los intereses como la renta se tornan negativos. Esto es, la renta en dinero basada

en un monopolio sobre el conocimiento a partir de patentes, dará frutos negativos. La burguesía como burguesía rentista desaparecerá, pues un monopolio sobre el conocimiento como fuente de ingreso monetario pierde toda utilidad cuando las utilidades en dinero son negativas. El conocimiento, desde entonces, podrá tornarse patrimonio común de la humanidad. El interés común se sobrepondrá al interés privado y no al revés. Estaremos ante una emancipación humana. La racionalidad moderna llegará a su fin.

Podríamos indicar la racionalidad de la vida plena por medio de una cadena orientada hacia la reproducción de la “vida —generación de productos y servicios— para lograr una vida más plena”, en franca contradicción con la otra racionalidad que enfoca la lógica reproductiva del capital mediante la cadena “dinero —mercancías y servicios monetizados— más dinero”. La actual economía de mercado contabiliza la riqueza monetaria (per cápita) como sinónimo de nivel de vida, y el crecimiento económico de la economía de mercado como motor para, supuestamente, mejorar ese nivel de vida. La introducción del término desarrollo sostenible no ha sido acogida tanto por la preocupación por el ambiente (que puede haber sido el origen del concepto), sino porque contribuye a perpetuar la racionalidad existente ⁹. De nuevo observamos aquí la inversión medio-fin. El valor cuantitativo del instrumento expresaría el bienestar de los pueblos, sin preocuparse siquiera de la distribución de su resultado.

Una economía alternativa ha de invertir esta lógica hacia la calidad y durabilidad de los productos. La definición de las necesidades no puede ser impuesta por intereses privados de unas cuantas transnacionales, sino que ellas han de brotar desde la vida misma y en función de ella ¹⁰. Lo anterior implica que, en principio, se producirá localmente todo lo que puede proveerse a nivel local; nacionalmente, lo que puede hacerse a nivel nacional; y mundialmente, solo lo que no puede hacerse a niveles inferiores. A partir de la definición de lo necesario desde abajo y al desarrollar la producción desde la base local posible, se construye la base real de una democracia participativa. Una mayor durabilidad y una mejor calidad de los productos, permitirían un mayor tiempo libre de los incluidos y la simultánea inclusión de los excluidos. Esta definición de preferencias y opciones no puede dejarse ni en manos de una economía de mercado ni de una economía planificada centralmente, ya

que supone y exige una participación ciudadana y democrática bastante descentralizada. La tendencia será entonces hacia un menor consumismo con mayor bienestar en el Norte y un simultáneo proceso de inclusión y creciente bienestar en el Sur, por la mayor durabilidad de los productos, y también por una mejor definición de las necesidades de la vida misma.

Bibliografía

- Bonefeld, Werner 2003. “Estado, revolución y autodeterminación”, en Bonefeld, Werner y Tischler, Sergio. *A cien años del ¿Qué Hacer?* Buenos Aires, Ed. Herramienta, págs. 181-212.
- CETRI, 2004. “Les obstacles à la santé pour tous”, en *Alternatives. Sud*, vol. 11-2004/2, págs. 7-40.
- Dierckxsens, Wim 2000. *Del neoliberalismo al poscapitalismo*. San José, DEI. Dierckxsens, Wim 2003. *El ocaso del capitalismo y la utopía reencontrada*. Bogotá, Ediciones Desde abajo-DEI.
- Dierckxsens, Wim y Tablada, Carlos 2004. *Guerra global, resistencia mundial y alternativas*. Panamá, Ruth Casa Editorial.
- Hinkelammert, Franz 2002. *El retorno del sujeto reprimido*. Bogotá, Ed. Universidad Nacional de Colombia.
- Houtart, François 2002. “Alternativas posibles al capitalismo”, en *Alternativas Sur* (CETRI y Desde abajo), vol. 1 (2002) no. 1, págs. 17-34.
- Keune, Lou y Van Heiningen, Hans (eds.) 2001. *Vóór de verandering: alternatieven voor het neoliberalisme*, en: www.globalalternatives.nl
- Lemaire, Ton y Hoebink, Paul 1999. “Ter plaatse: Globalisering en de verdediging van het lokale”, en Hoebink, Paul et al. *Doorlopers en breuklijnen van globalisering, emancipatie en verzet*. Assen (Holanda), Editorial Van Gorcum.
- Mc Murtry, 1999. *The cancer stage of capitalism*. Londres, Pluto press.

⁹ Lemaire, Ton y Hoebink, Paul 1999: 207.

¹⁰ Keune, Lou y Van Heiningen, Hans (eds.) 2001: capítulo 4.2.4.

RIBLA

- RIBLA N° 22: Cristianismos originarios (30-70 d. C.)
RIBLA N° 23: Pentateuco
RIBLA N° 24: Por una tierra sin lágrimas. Redimensionando nuestra utopía
RIBLA N° 25: ¡Pero nosotras decimos!
RIBLA N° 26: La palabra se hizo india
RIBLA N° 27: El Evangelio de Mateo
RIBLA N° 28: Hermenéutica y exégesis a propósito de la carta a Filemón
RIBLA N° 29: Cristianismos originarios extrapalestinos (35-138 d. C.)
RIBLA N° 30: Economía y vida plena
RIBLA N° 31: La carta de Santiago
RIBLA N° 32: Ciudadanos del Reino
RIBLA N° 33: Jubileo
RIBLA N° 34: Apocalipsis de Juan y la mística del milenio
RIBLA N° 35/36: Los libros proféticos
RIBLA N° 37: El género en lo cotidiano
RIBLA N° 38: Religión y erotismo. Cuando la palabra se hace carne
RIBLA N° 39: Sembrando esperanzas
RIBLA N° 40: Lectura judía y relectura cristiana de la Biblia
RIBLA N° 41: Las mujeres y la violencia sexista
RIBLA N° 42-43: La canonización de los escritos apostólicos
RIBLA N° 44: Evangelio de Lucas
RIBLA N° 45: Los salmos
RIBLA N° 46: María
RIBLA N° 47: Jesús histórico
RIBLA N° 48: Los pueblos confrontan el imperio
RIBLA N° 49: Es tiempo de sanación
RIBLA N° 50: Lecturas bíblicas latinoamericanas y caribeñas
RIBLA N° 51: Economía: solidaridad y cuidado
RIBLA N° 52: Escritos: Salmos, Job y Proverbios
RIBLA N° 53: Interpretación bíblica en busca de sentido y compromiso
RIBLA N° 54: Raíces afro-asiáticas en la Biblia

Pedidos a:
Asociación Departamento
Ecuménico de Investigaciones
Apartado Postal 390-2070
Sabanilla
San José, Costa Rica
Teléfonos 2253-0229 • 2253-9124
Fax (506) 2280-7561
Dirección electrónica: editorial@dei-cr.org
<http://www.dei-cr.org>

COSTO DE LA SUSCRIPCIÓN (tres números al año, correo aéreo incluido)
AMÉRICA LATINA: US\$ 30 • OTROS PAÍSES: US\$ 36 • COSTA RICA: ₡ 13.000